



CONSEJO MEXICANO
DE CIENCIAS SOCIALES
NUEVA ÉPOCA NÚMERO 4
ABRIL-JUNIO 1992

COMIECSO I N F O R M A

SEMINARIO

DESASTRES NATURALES, SOCIEDAD Y PROTECCIÓN CIVIL

REVALUAR LA DOCENCIA UNIVERSITARIA

HUMBERTO MUÑOZ GARCÍA* Y
MARÍA HERLINDA SUÁREZ ZOZAYA**

Hasta fechas recientes, el estudio de los desastres naturales, constituía un dominio casi exclusivo de las ciencias exactas y naturales (Sismología, Ingeniería, Vulcanología, Geofísica, etc), en el cual las disciplinas sociales ocupaban un espacio mínimo. En México, al igual que en otros países con bajo nivel de desarrollo, dicha tendencia era mucho más marcada. Sin embargo, los devastadores sismos de 1985 motivaron a un pequeño pero tenaz grupo de investigadores con especialidades diferentes a estudiar las implicaciones sociales de los desastres naturales. El trabajo desarrollado por especialistas en historia, economía, sociología, planeación y administración pública ha permitido poner de relieve la importancia y el papel que las disciplinas sociales pueden y deben desempeñar tanto en el estudio de las repercusiones sociales de los desastres como en el diseño de mecanismos y estrategias que permitan aminorar su poder destructor sobre la sociedad.



miembros de la iniciativa privada.

El debate giró en torno a cuatro temas: 1. Conocimiento sobre desastres y tecnología; 2. Avance de la protección civil en México; 3. Las Ciencias Sociales frente a los desastres naturales; y 4. Discusión de una agenda de investigación para el futuro.

Conocimiento sobre desastres y tecnología

Los desastres, definidos por el doctor Ovsei Gelman, del Instituto de Ingeniería de la UNAM, como "aquellos eventos que ocurren en un tiempo y espacio determinados y en el cual la sociedad, o parte de ella, sufre un severo daño e incurre en pérdidas para sus miembros, de tal manera que la estructura social se desajusta y se impide el cum-

Existe un consenso sobre la necesidad de llevar a cabo profundas transformaciones en el sistema educativo para enfrentar los nuevos retos económicos, sociales, científicos y tecnológicos, y alcanzar los objetivos del desarrollo y la equidad social.

El desafío de elevar la calidad existe para todos los niveles educativos.

En el superior, es evidente la urgencia de los cambios porque se requiere gestar con rapidez recursos humanos bien preparados, así como producir y distribuir conocimientos que apoyen el funcionamiento de una economía abierta e integrada al devenir internacional y de una sociedad cada vez más compleja.

En este trabajo sostenemos que la reforma a las universidades debe tener entre sus objetivos prioritarios reevaluar la docencia.

Parecería superfluo subrayar que de ella depende que se transmita mejor el conocimiento producido o adquirido y los medios para que se desarrolle; asimismo, para establecer nuevos códigos y aptitudes a las generaciones jóvenes que les permitan un desempeño más pleno de su profesión.

El panorama de un cambio educativo encuentra a las universidades públicas inmersas en un proceso de desinstitucionalización -en parte resultado de las restricciones financieras- buscando cómo enfrentar nuevas reglas del juego para el ejercicio de su autonomía, por la forma como se han aplicado las medidas de evaluación y los criterios selec-

Con el fin de estimular los trabajos de este grupo y de favorecer un diálogo multidisciplinario con científicos de otras ramas del saber, el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, la Coordinación de Humanidades de la UNAM y el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM organizaron en los últimos días de febrero el Seminario "Desastres Naturales, Sociedad y protección Civil", evento en el cual participaron, además de reconocidos especialistas, funcionarios públicos, representantes populares y

tivos para la asignación de recursos; con una base de académicos poco estructurada; y, finalmente, en un contexto de escasez de ideas sobre cómo y hacia dónde orientar el desarrollo institucional.

El llamado "deterioro de la calidad de la enseñanza" hizo que la sociedad se formara una imagen negativa de las universidades, a lo que contribuyó el comportamiento del mercado laboral en los años ochenta por la devaluación de los títulos y la preferencia para contratar egresados de escuelas privadas.

De esta realidad tendrán que partir las políticas que intenten fortalecer la educación pública superior. La docencia requiere de cambios organizativos en el orden institucional. Para provocarlos se necesitan más insumos, lo que no es una condición suficiente para alcanzar una enseñanza de calidad. El uso de los insumos tiene que ponderarse bajo la realización de un proyecto de desarrollo académico en cada universidad, que cuente con el compromiso expreso de su comunidad.

Aparte de los compromisos de cada proyecto es evidente que los recursos para la docencia deben incrementarse. Por lo pronto, es indispensable tener salas de clase y espacios más apropiados, actualizar bibliotecas, contar con materiales y equipos que propicien la investigación y la cultura científica. De otro modo, difícilmente se llegará a contar con instituciones competentes.

Por otra parte, los cambios deben dar lugar a una estructuración más flexible del trabajo para hacer posible que todos los académicos participen en la docencia. Asimismo, propiciar el trabajo colectivo, la retroalimentación y el intercambio de conocimientos bibliográficos, y la evaluación de los cursos por la planta de profesores según disciplinas, áreas, materias. Es decir, estimular la academia mediante la docencia.

El deterioro de la imagen de la Universidad se convirtió en un factor crucial para que profesores y estudiantes perdieran reconocimiento social. Los primeros vieron reducido su prestigio académico y la práctica docente dejó de ser una opción atractiva para los estudiantes. La figura del profesor vino a menos en las universidades a medida que se gestó una disociación entre docencia e investigación. Hoy se siguen reduciendo los salarios,



los incentivos económicos externos no existen, no hay recursos para proyectos docentes (o son escasos) y los servicios académicos de apoyo son insuficientes. Dicho de otra forma, la enseñanza descansa en maestros insatisfechos y desvalorizados.

Ciertamente, para modificar esta situación se requiere hacer un esfuerzo para elevar la condición económica de los profesores. Más allá, hay que desarrollar una política de profesionalización que recupere la carrera a través de diferencias efectivas en los tabuladores; de mecanismos de evaluación realmente académicos, aplicados por cuerpos colegiados; y programas de estímulos económicos que discriminen positivamente, o sea, que resalten la figura de los mejores maestros.

Se requieren, además, medidas que eviten que los académicos más capacitados abandonen la docencia, lo mismo que para formar y reponer los cuadros de calidad y lograr que se superen quienes todavía pueden alcanzar grados más altos. Por fin, denotar el afán de servicio, el compromiso y el interés intelectual que demuestran los profesores de asignatura, así como la importancia que representan para el establecimiento de redes entre las instituciones y la sociedad.

Hay, para resumir, factores objetivos y subjetivos, individuales,



institucionales y sociales, académicos y políticos, cuyas relaciones tienen que alterarse para reevaluar al docente universitario y la función que realiza.

Conseguir que se reinstaure o fortalezca un medio ambiente académico en las instituciones es condición sine qua non para que se otorgue prestigio a la actividad y a quien la desempeña.

Por otra parte, el "fantasma de la masificación" de las universidades públicas contribuyó para que se desvalorizara la imagen social de los estudiantes, que tuvieron que enfrentar situaciones adversas en las condiciones de estudio.

La devaluación social de las universidades, así como de sus actores se reflejó en un deterioro de la relación profesor-alumno, y fue el marco de la pérdida de calidad de la enseñanza.

Elevar esta última supone recuperar dicha relación y modificar los contenidos de la enseñanza, reestructurar planes de estudio, vincular la investigación con la docencia, modernizar métodos e instrumentos educativos, abrir opciones formativas y establecer correspondencias con el mundo del trabajo.

Se trata de que la docencia y quienes se involucren en ella se desenvuelvan en un medio que estimule la creatividad para que egresen de las universidades individuos capaces de innovar en su práctica profesional y en el conocimiento, que en lo futuro será el principal capital social.

* Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

* Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM.